

Autor: Abilio Ayuso

SAN ANTONIO

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Nadie comprendía porque Antonio, aquel juerguista vividor, de repente había consagrado su vida al cuidado de animales domésticos abandonados o perdidos, e incluso animales salvajes imposibilitados. Pero él tenía sus buenos motivos.

+12

Cuando mi nieto me pidió que tuviéramos un perro, no vi ningún inconveniente, vivíamos en una casa grande con un espléndido jardín, pero antes de tomar una determinación consulté con sus padres.

Podía haberlo decidido por mi cuenta, porque al fin y al cabo mi hijo y su mujer vivían en la casa de mi propiedad sin pagar ni un euro de alquiler ni servicios ni tan siquiera la comida, ya que como papá estaba jubilado podía ir a comprar al supermercado en un momento en que no hubiera tanta gente, y también, como no, llevar y traer al niño al colegio, lo cual les permitía dedicarse en cuerpo y alma a su trabajo y labrarse un futuro.

Sin embargo, no quería que se sintieran ninguneados por eso acostumbraba a consensuar con ellos aquello que pudiera de alguna forma modificar nuestro estilo de vida.

Mi hijo comenzó a poner alguna pega, principalmente con respecto a las vacaciones, pero mi nuera que es muy lista, le cortó diciéndole que eso no representa ningún problema porque existen canguros y guarderías. En realidad, ella se había dado cuenta de que yo estaba decidido.

Una vez cerrado al acuerdo básico puse mis condiciones, tendría que ser de tamaño mediano tirando a pequeño, pero no uno de los que yo llamaba ratuzos, sino un perro auténtico, de pelo corto, que no babeara y por supuesto adoptado, porque con la cantidad de animales abandonados que hay consideraba inmoral comprar uno.

Estuvieron tan acordes conmigo que decidieron que lo mejor sería que me encargara yo de encontrar el candidato adecuado, así que me endiñaron la responsabilidad.

Con la idea de que hoy en día si algo no está en Internet es que no existe, me puse a buscar santuarios y lugares de acogida de animales abandonados, hasta que encontré uno que me llamó la atención.

Era un refugio que lo llevaba un sólo hombre de aproximadamente mi edad, cuando vi sus fotos pensé que le conocía de algo y al ver su nombre me cercioré, era Antonio, un amigo de mi juventud, pero no me cuadraba nada que aquel juerguista compulsivo ahora se dedicara en cuerpo y alma a cuidar animales abandonados.

Antes de ponerme en contacto con él rastree toda la información posible, vivía en una antigua masía ayudado por algunos voluntarios a tiempo parcial y recogía sin poner pega alguna cualquier animal abandonado que le trajeran sin importar su estado.

La gente que le conocía le llamaba en forma de broma cariñosa San Antonio, en referencia al santo patrón de los animales.

Me puse en contacto con él y quedamos de acuerdo en el día y la hora. El refugio se hallaba en un antiguo caserón, y lo primero que llamaba la atención era que no tenía el aspecto cutre de otros que estaban compartimentados e incluso con jaulas.

A medida que me aproximé a la cerca vi que por aquel césped corrían en plena armonía animales de muy diferentes especies.

Allí se mezclaba un burro con una vaca, montones de perros y gatos, ocas un cisne, loros... Etc. Incluso era difícil saber si algunos de ellos, como ardillas o aves, pertenecían al refugio o eran salvajes que se habían aposentado en un lugar seguro.

Otra cosa que me sorprendió es que, al acercarme no me recibió el coro de ladridos que sería habitual en un lugar de estas características, los animalillos se acercaron a recibirme afectuosamente.

Como la puerta de la cerca no estaba cerrada con llave me atreví a entrar seguido por un cortejo de bichos juguetones y mimosos, a pesar de que los animales no habían formado escándalo, de alguna manera avisaron de mi presencia lo que hizo que mi amigo apareciera en el porche.

Era el que yo conocía y al mismo tiempo no lo era, tal vez una especie de versión renovada y mejorada, aunque su cara era la misma pero muy bien conservada, aquella expresión suya astuta y malintencionada había dado paso a una faz espiritual, casi budística, su amplia sonrisa ahora no tenía nada de cínica, por el contrario, era noble y beatífica.

Sus ropajes antes chulescos, de macarruzo barato habían sido sustituidos por un amplio hábito de color azafrán, me recibió con un cálido abrazo, nada que ver con los saludos picarescos que eran su seña de identidad.

Me hizo pasar a un saloncito abierto a la terraza principal, algunos animales nos siguieron, otros no, parecía como si supieran perfectamente cuales y cuantos eran los que podían entrar sin causar molestias, como en un ballet mil veces ensayado.

Después de servirme un té me dijo: “Te preguntarás que milagro me ha convertido en lo que soy, luego hablaremos de ello, ahora vamos por lo importante, Me dijiste que venías a buscar un perro, ¿Verdad?”.

“Pues sí, para mi nieto”.

“Creo que tengo lo que necesitas... ¡Pipo, ven!”.

De inmediato apareció un perrillo blanco y marrón, pelo corto, orejas en punta y aspecto de zorrillo, pero más estilizado, que puso las patas delanteras sobre la pierna de mi amigo, que como si hablara con un ser humano me señaló y le dijo: “Es un

buen amigo, te vas a ir con él, tiene una buena casa y una familia que te cuidará, vas a estar muy bien”.

El animalillo, como si hubiera entendido cada palabra se acercó a mí, le hice un par de caricias y me dio dos lametones, no pude por menos que decir: “Parece muy inteligente”.

“Por supuesto, es joven pero no un cachorrito alborotado, será un compañero perfecto para tu nieto, está vacunado, desparasitado, lleva el chip”.

“Hablando de eso, dime que te debo como mínimo por todas esas cosas”.

“No cobramos nada a quien quiera adoptar uno de nuestros animales, sólo aceptamos donaciones de almas caritativas”.

Saqué un sobre que llevaba preparado con mil euros diciendo: “De acuerdo, pues esta es mi donación para tu obra”.

En lugar de abrirlo se limitó a llamar a una chica: “Lucía”.

Le dio el sobre diciendo: “Por favor, ponlo en la caja de las donaciones”.

Cuando se marchó con el sobre me atreví a comentar: “Supongo que es de confianza, porque en ese sobre hay bastante dinero”.

“Todos los que colaboran aquí son unos verdaderos santos, excepto yo”.

“¿Y tú que eres entonces?”.

“Un pecador arrepentido, que es muy diferente, y supongo que estarás deseando saber cómo he llegado a esta situación”.

“Te mentiría si te dijera que no”.

“Todo empezó el día en que fallecí”.

“Pero no moriste de verdad porque estás aquí hablando conmigo”.

“La verdad es que sí, haciendo una de esas locuras que acostumbraba tuve un accidente de moto fatal, me dieron por muerto e incluso me llevaron al depósito de cadáveres, fue cuando me iban a realizar la autopsia que una enfermera se dio cuenta de que pestañeaba”.

“Feliz coincidencia”.

“Si, las mujeres siempre han sido más detallistas que nosotros, el caso es que me llevaron al quirófano de urgencias, estuve varios días entre la vida y la muerte, al final sobreviví, y aquí me tienes”.

“Y ese accidente te hizo cambiar”.

“No exactamente, sino lo que sucedió en ese lapso en que estaba técnicamente muerto”.

“Ya, las experiencias entre la vida y la muerte”.

“La mía fue mucho más completa, ahora sé que tenemos espíritu y que los budistas tienen razón, al morir pasamos a un plano espiritual y luego reencarnamos para completar nuestro aprendizaje y para compensar de alguna manera todo lo que hayamos hecho de bueno y de malo en las vidas anteriores, pero antes de ello hay un pequeño detalle que ningún budista ha explicado”.

¿Una especie de juicio?”.

“No exactamente, antes de ascender al plano espiritual elevado, donde somos aconsejados por los grandes maestros sobre que rumbo deberá llevar nuestra nueva vida, atravesamos una zona mucho más simple, donde se mueven los espíritus de estos que nos rodean ahora, los que todavía no son humanos”.

“¿Quieres decir que los animales también evolucionarán a lo largo de muchas vidas y llegarán a ser humanos?”.

“Desde luego, pero mucho antes un delfín que un caracol, las diferentes especies no existen, todos somos de la misma especie, pero en distintas fases de desarrollo, es como si un extraterrestre pensara que un bebé y un adulto pertenecen a especies dispares”.

“Una idea interesante”.

“Y por supuesto no pienses que nosotros somos el pináculo de la evolución, hay seres mucho más avanzados que nosotros”.

“¿Y dónde están?”.

“¿Sabe el mono que eres más avanzado que él?, Tal vez incluso se cree superior porque trepa a los árboles mejor que tú”.

“Tocado”.

“El paso por esta zona es lo que ninguno de los grandes maestros explica, tal vez porque las personas de espíritu elevado la atraviesan como quien pasa por un callejón vacío, tal vez ese lugar corresponde al túnel oscuro del que muchos hablan, al final del cual está la luz, pero te aseguro que para mí no estaba vacío ni su paso era sencillo”.

“Vale, ¿Y porque unos la atraviesan con facilidad y otros no?”.

“Es de lógica, si yo te esclavizo a ti durante toda una vida mi karma estará en deuda contigo y en las siguientes vidas, de una forma o de otra lo pagaré, pero: ¿Y si me divierto matando a un gato?”.

“Pues en otra vida renaces como gato y te matan de mala manera”.

“No, a pesar de lo que digan algunas leyendas orientales ningún humano renace como animal, de la misma forma en que un universitario no volverá a párvulos, aunque haya suspendido todas las asignaturas”.

“Entonces... ¿Como se paga el karma con los animales?”.

“Esa es la zona oscura, como si antes de entrar en el palacio del rey atravesaras los campos circundantes de los campesinos y estos te reclamaran sus deudas”.

“Vale pues cuéntame que sentiste allí que me tienes en ascuas”.

“A lo largo de mi vida antes del accidente sólo he hecho el bien a cuatro animales: A una gata sin dueño a la que daba parte de mi bocadillo cuando iba al colegio, a los dos perros que tuve que, aunque a veces los puteaba un poco, los quería y los cuidaba y a un caballo que tuve una temporada, nada más”.

“Bueno hay quien ha hecho menos que eso”.

“Es posible, pero por el contrario hice el mal a muchos pobres animales, cacé y maté solo por el placer de matar, pateé y apedree a míseras bestezuelas vagabundas, metí petardos en nidos de ardillas y pájaros y toda clase de salvajadas”.

“¿Y pagaste por eso en esa zona intermedia?”.

“Lo primero que me sucedió es que me recibieron los cuatro animales a los que yo había ayudado y cuidado, hablaron conmigo y no me dieron muy buenas perspectivas”.

“¿¿Hablaron...?!”.

“No necesitaron palabras físicas para transmitirme ideas con una claridad mucho mayor que en nuestra conversación, me dijeron que estaban allí para ayudarme y con ello pagar la deuda de amor que tenían conmigo, pero que ellos cuatro no serían suficientes para contener el horror que me esperaba”.

“¿Qué clase de horror?”.

“El espíritu de todos los animales que yo había dañado estaba allí para hacerme pagar mi culpa, y te aseguro que eran una verdadera legión”.

“Pero tú ya estabas muerto y nada te podía dañar, ¿O sí?”.

“No en forma de daño físico como el que podemos sentir ahora, pero te aseguro que era espantoso, me transmitían directamente todo el miedo y el dolor que sintieron con mis acciones, cuando pienso en la cierva aquella a la que había disparado y acabé rematando a cuchilladas tengo que contenerme aún ahora para no llorar, era tanto el miedo, el dolor y el horror que me hacían llegar que estaba sumergido en un verdadero infierno que no se puede describir con palabras, y mis cuatro animales amigos eran absolutamente insuficientes para contenerlos”.

“¿Y cómo te saliste de ello?”.

“Uno de mis perros amigos me señaló una especie de agujero, como una gatera y me dijo: Sígueme, salta conmigo, fui detrás suyo como en un tobogán, noté una caída sin fin y desperté en el hospital”.

“¿Y el perro que te acompañó?”.

“Cuando me dieron el alta, en el propio aparcamiento del hospital encontré un cachorrillo gimoteando, supe que era él”.

“¿Y aún lo tienes?”.

“De eso hace cuarenta años, esta es su tercera reencarnación, y la última como perro, por eso debe despegarse de mí, para evolucionar”.

Miré a Pipo como si de repente me hubieran dicho que la Reina de Inglaterra estaba sentada a mi lado, él me devolvió la mirada y no sé por qué tuve la certeza de que había entendido todo lo que se había hablado, pero mi espíritu racional se impuso y le pregunté a mi amigo: “Vale, el sueño que tuviste entre la vida y la muerte es lógico porque tenías remordimientos, pero ahora estás despierto y pareces inteligente, ¿En base a que afirmas que esta es la tercera reencarnación de tu perro?”.

“En mi paso por aquella zona no sólo sufrí, sino que adquirí una capacidad espiritual que nunca habría soñado, ¿Quieres una pequeña demostración?”.

“Bueno, ¿Porque no?”.

Puso una mano en su frente y dijo en un tono tan flojo que apenas pude oírle yo: “Por favor, hermanos, venir a saludar a mi amigo, pero de uno en uno, sin apelonarlos”.

Lo que sucedió a continuación podría definirse como verdadera magia: Los animales que compartían nuestra habitación vinieron de uno en uno a darme una holicada, un lametón o a refregarse contra mi hombro y se marcharon, seguidamente entraron otros, el burro, la vaca, un mono cojo me rascó la calva, un papagayo frotó su pico contra mi mejilla y otros que no había visto, como una tortuga con el cascarón reparado que frotó su cabeza contra mi pie, luego entró una ardilla y me dejó una nuez y unos pájaros se posaron en mi hombro, ante lo cual comenté: “¿Pero estos también son acogidos?”.

“No, son salvajes, pero comparten este espacio con nosotros”.

“Entiendo, esa experiencia te ha dado la capacidad de comunicar con los animales”.

“Más que eso, veo sus espíritus, y también el de las personas, por eso pude asegurarte que quienes me ayudan son verdaderos santos, ellos pasarán esa zona oscura sin siquiera enterarse”.

“¿Y tú cuando mueras definitivamente?”.

“A mí me estará esperando otra vez todo el mal que hice, pero ahora no tengo miedo, en esta segunda ocasión habrá un verdadero ejército abriéndome camino, ya no serán cuatro animales amigos, sino cientos, no será un buen trago, pero será llevadero. ¿Sabes...?, cuando alguna vez hablo con algún cazador o incluso un torero que me dicen que al fin y al cabo sólo son animales, sonrío para mis adentros y pienso: Pobre desgraciado, no sabes la que te espera”.

Cuando nos marchamos Pipó puso cara de lástima, pero a un gesto de Antonio saltó decididamente al asiento del copiloto de mi coche. En el camino me sorprendí a mi mismo diciéndole: “Ya verás que bien estarás en casa, mi nieto es un niño fantástico y se volverá loco de alegría de tenerte como amigo, cuidará de ti y tú de él, mis hijos son buena gente y te cogerán cariño enseguida”.

Al llegar a casa mi nieto reía y lloraba al mismo tiempo mientras Pipó le daba lametones, a mis hijos les cayó bien y ella dijo: “Parece inteligente”.

“No lo sabes bien, es su última reencarnación como perro”.

“Oh, sí, claro”.

Mis hijos sonreían cuando me veían hablar con el perro y decirle lo que debía y no debía hacer, pero el caso es que sólo tuve que explicárselo una vez, al final mi hijo no pudo por menos que reconocer: “Oye, pues parece que el cabrón te entiende”.

“Por supuesto, ya os dije que era su última reencarnación como perro”.

“Ya, ¿Y en la próxima que será?”.

“Quien sabe, tal vez delfín o bonobo o neandertal en otro planeta”.

“¿Y humano?”.

“Puede ser, los hay menos inteligentes que él, por ejemplo, los obreros que votan al Partido Popular”.

Ya fue el colmo cuando al enseñarle la casa se acercó al inodoro, dio un par de pequeños ladridos y me miró, lo único que se me ocurrió fue abrir la tapa para que acto seguido saltara encima de la contratapa para mear y cagar, sabía de algún gato que lo hacía pero ningún perro, abrimos una gatera con puerta batiente en un baño de servicio y dejamos la tapa del wáter siempre abierta, posteriormente alargué la cadena y al final até una pelota de goma, mi hijo no se creía que tiraba de la cadena después de mear hasta que no lo vio con sus propios ojos.

Pipo fue una verdadera adquisición, rebajaba tensiones en momentos de mal humor, sabía cuándo no tenía que molestar, desaparecía cuando venían visitas a las que no les gustan los perros, despertaba a mi nieto cuando se hacía el remolón para ir al colegio, avisaba si alguna olla hirviendo desbordaba en la cocina, acompañaba a quienes se ponían enfermos, en una ocasión cazó una rata enorme en el jardín y me la trajo pillada por el pescuezo pero sin matarla, la metí en una pequeña jaula y la dejé en el bosque a muchos kilómetros de casa, aunque era un animal potencialmente dañino no quería tener su muerte en mi conciencia.

Y tú amable lector que has concluido esta historia: ¿Has maltratado a muchos animales...?. Pues más vale que aproveches el tiempo que aún te queda para ganar puntos. No te digo que seas como Antonio, pero siempre puedes dar de comer a un animal abandonado, o incluso recogerlo, ¿Porque no?, cualquier pequeña acción que aligere tu karma para que puedas pasar con cierta tranquilidad la zona oscura.

FIN...